



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13595

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará de día 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

SABADO 16 DE MARZO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Cuentas puestas en París: Mr. A. Lavette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

DE MARINA

Las gratificaciones de embarco

Nuestro estimado colega «Ejército y Armada», publica el siguiente artículo, que reproducimos como de actualidad, y en el que desde luego se parte de una afirmación del Ministro de Marina, de trascendencia y justicia para el personal embarcado.

Dice así el apreciable diario: «Conocidas son de nuestros lectores las enérgicas campañas que en pro de los intereses del Ejército y de la Armada, como de sus clases pasivas, venimos sosteniendo.

Nuestros triunfos han sido muchos, y ahora acabamos de obtener otro, gracias al sentimiento de justicia del señor Ministro de Marina y a su firme resolución de atender a la retribución de los más importantes servicios del ramo que dirige.

Venimos pidiendo que las gratificaciones de embarco se aumenten, clasificándose de una manera justa y equitativa, y en el presupuesto que se está confeccionando sobre las líneas generales trazadas por el general Ferrándiz, al cual, nada debe el país tener escuadra y Marina bien organizada y administrada, se introducirá un aumento en dichas gratificaciones de embarco.

Nosotros hemos de insistir sobre lo justo que sería clasificarlas, denominando de «ancla» a las que, duplicadas, correspondiesen a los días de mar, a los días de verdadera navegación.

La gratificación ordinaria de embarco, debe ser la actual, de 150 pesetas mensuales para el Cuerpo de oficiales, y de 75 en lugar de las 50 que hoy perciben los cuerpos subalternos de condestables, contramaestros, maquinistas de cierta graduación y practicantes «duplicándose» en los días de mar.

Es asimismo de absoluta necesidad y lo requiere el más elemental principio de justicia, que los sueldos de la oficialidad se aumenten hasta el límite que pensaba proponer el general Weyer para el Ejército, y que nosotros venimos defendiendo, con poca diferencia de cantidad, aumentando en 25 pesetas mensuales los mezuquitos que tienen asignados los cuerpos subalternos de la Armada.

Si para esto es preciso establecer una prudente amortización de personal sobrante, establézcase de modo que cause el menor perjuicio posible a los interesados, y aún búsquese mayor compensación que la que tendrían ya los que resultaran perjudicados por el momento con la amortización, por el aumento de sueldo que disfrutarían, pero no se tenga al cuerpo de oficiales de tierra, como de mar, y a los sargentos del Ejército y cuerpos subalternos de la Armada, en el estado de verdadera pobreza en que viven con mengua de la clase y desprestigio del uniforme militar»

Páginas femeninas

LA ESGRIMA

En las revistas de modas que repaso con frecuencia para informar debidamente a las lectoras, encuentro muy a menudo unos trajes que llaman mi atención, y que tienen alguna más importancia que un figurín, por elegante que éste sea.

Son «trajes de esgrima», así las llaman las cronistas francesas y se componen de una blusa «ceñida» muy sencilla; de un pantalón bombacho muy ancho, que llega hasta la rodilla, de media negra y de zapato forma inglesa con hebilla.

Hace unos cuantos años que se implantó la gimnasia como complemento de la educación femenina y esta reforma tan impropia de la mujer fué casi por unanimidad aceptada, y en algunos normales y en muchos colegios particulares, se pusieron gimnasios para uso de las alumnas; y algunos higienistas exagerados y hasta escritores que sueñan con las abluciones árabes como base de nuestra regeneración, defendieron con entusiasmo la reforma, y á creer en la lectura de sus artículos, desde el momento que se practicase la gimnasia por la mujer, desaparecerían por completo la mayoría de las enfermedades que azotan al género humano.

Las ventajas que la gimnasia proporciona son innegables, pero aunque me califiquen de obscurantista no vacilo en confesar que este ejercicio es propio de hombres, y que la mejor gimnasia en la mujer es los paseos largos al campo, á los montes puramente higiénicos y sin que oprima el corsé, los zapatos, ó que se tema ensuciar el vestido, tratando de hacer esas mil ridiculeces y tonterías que se hace en los paseos de lujo, y que debían limitarse mejor exposiciones de trajes ó de mitchachas casaderas.

La gimnasia en la mujer es impropia por muchos conceptos físicos y morales, y á ella deben las inglesas y norteamericanas ese desarrollo muscular, que desfigura por completo el cuerpo femenino y las convierte en palos de telégrafo con falda.

La gimnasia parece ya poco y en Inglaterra, Francia y Alemania las señoritas, las reemplazan por la esgrima, pretendiendo que ésta da al cuerpo más gracia y más flexibilidad que aquella.

Estas apreciaciones serán más ó menos acertadas, pero qué efecto producirá al ver á esas gentiles señoritas con el traje que tanto traen los diábolos, manejando el florete y con la actitud bélica de los más afamados discípulos del maestro Carbonell?

Si Laura, Margarita y Julieta hubiesen vestido semejante traje y tenido tal actitud, ni Petrarca, ni Paustoni Romeo, hubiesen sentido aquella pasión sublime que aún, después de tantos años subsiste, como homenaje á la mujer espiritual, apasionada y sencilla, y como protesta hacia todas las extravagancias que tratan de despojarla de la aureola de poesía, que Dios le adjudicó, como el mayor de sus encantos.

Las necesidades sociales, la brutal y terrible lucha por la existencia, empujan algunas veces á la mujer llevándola á terreno impropio de su sexo, pero la moda no debe en manera alguna conduciría hasta allí, ni hacerle que caiga en el caos espantoso del ridículo.

La mujer lo mismo en el hogar, que para luchar por la concesión de ciertas mejoras á que tiene perfectísimo derecho, no necesita más armas que la discreción y la bondad; y es ridículo que manejen el florete, las manos muy finas y delicadas que tienen misiones mucho más altas que cumplir.

Violante

CRÓNICA

Las manchas del Sol y la grippe

Flammarión atribuye á las manchas que se han observado últimamente en el Sol, los grandes fenómenos cósmicos que han alterado la paz de la tierra, produciendo tan espantosos cataclismos en varios puntos de su superficie, y las juzga como causa de la difusión de enfermedades como la grippe.

Na da tendría de extraño. A primera vista relacionar la manchas del sol con la propagación de la «cocotte» ó del «trancazo», provocarán la hilaridad; pero meditando un momento, la cosa varía mucho.

Es indudable que toda enfermedad que se transmite en forma de infección ó contagio, ó de ambos modos, reconoce por origen la semilla de una planta pequesísima tales son los microbios que encuentra terreno á propósito para su cultivo. De modo que se podría definir la enfermedad infecciosa diciendo de ella que es el resultado de la germinación, crecimiento y multiplicación de un organismo en otro.

Y expuesta esta verdad indiscutible se comprenderá cómo la observación del ilustre astrónomo francés puede resultar exacta. Un grano de trigo, es un vegetal, como lo es el bacilo que produce la tuberculosis, sin él no se producirán otros semejantes; pero para que se reproduzca, le es necesario que se le siembre en terreno á propósito; supongamos que aquella semilla de trigo la depositamos en arena, no germinará muy mal; otra cosa es confiarla á una mezcla de arcilla y arena debidamente preparada para ello.

Pero además del grano de trigo y de la tierra á propósito, hacen falta condiciones determinadas de calor y humedad. Colocada la semilla en el círculo polar, ó en los trópicos, ó no se da ó se dará muy mal; para que fructifique se necesitan circunstancias que cuando se refieren á una planta, como el trigo, son perfectamente conocidas.

La botánica de las plantas productoras de las enfermedades microbianas está en mantillas; pero se sabe ó se presume lo suficiente para formarse idea de la evolución de estos vegetales microscópicos que se miden por milésimas de milímetros.

Algunas que en horas se reproducen por millones de millones, detienen su evolución si se añaden á las disoluciones donde se han presentado un antiséptico en cantidad tan pequeña que apenas se pueda concebir. Ciertos bacilos no se reproducen si el líquido en que se les siembra está depositado en un recipiente de plata.

De ese modo se comprende la desaparición repentina de muchas epidemias, la difusión y propagación de otras, y que la observación del popular astrónomo no esté fuera de lugar;

si las manchas del sol han tenido fuerza suficiente para producir las calías trofes que ha padecido la Tierra, cómo no han de poder influir en la atmósfera que envuelve la superficie del planeta, favoreciendo de ese modo las circunstancias vitales del microbio que produce la «grippe»?

Poetas modernos

Hidalguía castellana

LEYENDA

Por Rafael TORROMÉ

Don Fernando de Quirós, con el acero en la mano, huyendo de la justicia por haber matado á un hidalgo, tomó, buscando refugio, una casa por asalto, de la cual en una estancia, y reclinada en su estrado, halló una dama, que al verle se incorporó con espanto. —No temáis. Vengo á valerme de vos. A un hombre he matado. —La muerte fue bueno á bueno? —Cuerpo á cuerpo y mano á mano. —Venid, que si eso es verdad, prometó que he de salvaros.

En la puerta de la calle, sonó fuerte aldabonazo, y entró el alguacil mayor de los corchetes erécido. —Marquesa—el justicia hijo, se esconde en vuestro palacio un hombre que en esta calle la vida á otro hombre ha quitado. —¿Y cómo ha sido la muerte? —Frente á frente peleando. —Registrad la casa toda, toda menos este cuarto, que por ser mi camarín, mi honor os lo deja á salvo. Como si ninguno encontraran, volvió el justicia irritado, y le dijo á la marquesa entre desentuerto y manso: —La sangre que se ha vertido es tal, que es en vuestro daño. —¿Quién es el muerto? Decid; nada temáis; yo lo mando. —Es don Diego, vuestro hijo. —¿Don Diego? ¿mi hijo? Dios santo! Quédo áterrada la dama y el justicia apesorado. —Partid—dijo la marquesa—partid de aquí confiadós en que he hecho por la justicia todo lo que está en mi mano.

Se asustaron los corchetes; salió después don Fernando, y á las plantas de la dama se postró vertiendo llanto. Sacó su acero y la dijo: —Tomad mi espada y vengaos. —Dejadme, dijo la dama, dejadme con mi quebranto, que lo que hice fué por mí, no por vos, puesto que es llano que una vez que yo contraje la obligación de salvaros, á mí misma me debía la palabra que os he dado.

Quando volvió la marquesa de larguísimo desmayo, vió á sus pies bañada en sangre la espada de don Fernando; abrió el balcón y arrojó aquel acero nefasto á la solitaria calle, donde el alba, despuñtando, en la sangre de don Diego manchó sus primeros rayos.

Rafael Torromé

Las oposiciones al cuerpo de Correos

Habiendo dirigido varios aspirantes á ingreso en el cuerpo de Correos una exposición al ministro de la Gobernación, relativa á los perjuicios que les irrogaban algunas de las condiciones de la actual convocatoria, éste ha dictado una real orden ordenando lo siguiente:

Que las instancias de los aspirantes se admitan hasta el día 12 de Abril próximo, que puedan tomar parte en las oposiciones los que no hayan cumplido diez y seis años de edad, siempre que reúnan las demás condiciones exigidas; que el sorteo que se ha de verificar el 23 de Mayo comprenda á todos los admitidos en vista de su documentación; que los candidatos se presenten al médico del cuerpo para su reconocimiento dos días antes de la fecha en que hayan de hacer su primer ejercicio y que al terminar las oposiciones propongan el Tribunal para las vacantes á los aspirantes aprobados que reúnan las condiciones exigidas en la real orden de 22 de Febrero último, y á falta de número suficiente los aprobados no comprendidos en dicha real orden, no pudiendo los individuos propuestos ingresar en el cuerpo hasta cumplidos los diez y seis años.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 180

vaga de que proclamaron el día y solemnemente nuestro insecto de no tolera intemperancia alguna por parte de aquellos atápidos insectos que habíamos visto guiando los gigantescos monstruos, y decidieron que no era propio de hombres terrenales ocultarse vergonzosamente á la superficie de un simple satélite de nuestro globo.

También recuerdo con frecuencia que nos proveímos de enorme cantidad de aquellos hongos, y no sé si para utilizarlos como proyectiles ó con cualquier otro objeto y, en fin, enidarnos de las desventajas que nos producían las plantas espinosas, nos pusimos de nuevo en camino, en pleno sol, desafiando la temperatura y los habitantes de la luna.

Di bimos caer al muy poco tiempo sobre un grupo de selénitas. Me parece que eran tales en total, que marchaban en fila por un sendero formado entre las rocas, y que al caminar producían un ruido extraordinario como de palmetos y alibidos. Creo que advertieron nuestra presencia solo á la vez, porque instantáneamente se quedaron silenciosos é inmóviles y con sus semblantes vueltos hacia nosotros.

Por un instante se me despojó la cabeza; y el que Cavor decía:

¡Insectos! ¡Miserables insectos! ¡Y creéis que voy, por temer á ellos, á arrebatarme vros por

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 177

se parece un poco... un poco. ¿No es verdad?

—¿Qué quiere usted decir?—contestó Cavor.—El descubrir la Luna se parece... se parece... poco á la patata?

Me quedé mirándole, seco, bruto de la alteración de su voz y de la dificultad con que mascullaba las palabras. Parecióme de repente que Cavor estaba borracho, probablemente á causa de haber ingerido un exceso de sales. También me pareció que se equivocaba en lo de haber despreciado la luna. No la habíamos despreciado. Simplemente la habíamos llegado á ella; en una palabra, yo había visto que el amigo Cavor se hallaba en un estado digno de...

Traté de pasar mi mano sobre su hombro y explicarle todo esto, pero inmediatamente mis reconocimientos fueron rechazados y quise para las condiciones, en que se hallaba su cerebro. Además noté que yo mismo me explicaba con dificultad. Después de un esfuerzo momentáneo por tratar de comprenderlo, recordo que Cavor comenzó, á su vez, á hacerme algunas observaciones de su propia cosecha. A todo esto, entre las extrañas sensaciones que experimentaba, se me ocurrió la idea de si ya tenía los ojos tan vidriosos como los de mi compañero y

